

Helenismo y hebraísmo en Jorge Luis Borges

Víctor Bravo.
Universidad de los Andes (Venezuela)

Resumen:

El trabajo, partiendo de la descripción y valoración de las dos grandes tradiciones que marcan su inflexión en la obra de Jorge Luis Borges, la tradición helénica (destacando la teoría del tiempo heracliteano, la noción cretense de laberinto, la figura paradigmática de Homero, las aporías eliáticas, etc.) y la tradición hebraica (la concepción de la escritura y de la letra, la noción laberíntica de la arena y el desierto, etc.), se propone señalar la confluencia de las dos tradiciones generando una problemática de la *phoné* y la *graphía*, como propuesta estética y como propuesta de cultura.

Abstrac:

This paper, considering the description and valuation of the two traditions that mark the inflection in Jorge Luis Borges' work, the Hellenic tradition (emphasizing Heraclit's theory of time, the Cretan's notion labyrinth, the paradigmatic figure of Homer, the Eleatic "*aporiae*", etc) and the Hebraic tradition (the conception of writing and letter, the labyrinthine notion of sand and desert, etc.), is intended to point out the confluence of two traditions, and to generate the conflict between the *phoné* and the *graphía* as both, esthetic and cultural proposals.

Platón tiende a presentar la escritura como un poder oculto y, por consiguiente, sospechoso.

J. Derrida

...La idea de que la Escritura es un texto absoluto, y en un texto absoluto nada puede ser obra del azar.

J. L. Borges.

ORALIDAD Y ESCRITURA

Helenismo y hebraísmo se repelen y entrecruzan, se atan o se alejan, creando uno de los más complejos tejidos de la cultura occidental: a la vez, la monstruosidad y el genio de una cultura; conflicto espiritual entre lo griego y lo judío, entre Atenas y Jerusalén, entre la *phoné* y la *graphía*.

La cultura griega enraizará sus más preciosas construcciones en la *phoné*: el ritmo y la poesía, haciendo de la épica, por ejemplo, el género de la oralidad; y el pensamiento, afirmado por la memoria, derivada de estrategias

Víctor Bravo

de retención de lo oral, lo que la llevará a desconfiar de la escritura, a pesar de haber transformado la escritura silábica, traída por los fenicios, en escritura alfabética, con el agregado de las vocales, lo que se constituirá en la más grande revolución que transformará el conocimiento y hará posible, muchos siglos después, tal como lo señalan teóricos como McLuhan¹, el desarrollo de la ciencia moderna, y el proceso general de secularización que finalmente alcanzará rasgo dominante con la modernidad. La cultura griega desconfía de la escritura que ella misma inventará en términos de perfección, desconfianza que puede verse en el *Fedro* platónico, y tal como ha sido minuciosamente descrito por Derrida²: la escritura como suplemento, a veces pernicioso, del habla.

El paso de la oralidad a la escritura fue muy lento en Grecia³, y la desconfianza en la escritura quedará como un alerta, siempre a punto de manifestarse.

Es sorprendente observar que el paso del judaísmo al cristianismo, con la enseñanza de Jesús, presupone también una distanciación de la escritura y sus poderes: Jesús no escribe, enseña en parábolas, construcciones fundamentalmente orales, y si bien la Biblia recoge un solo episodio, el de la adúltera y la primera piedra donde Jesús escribe (San Juan VIII, I-II), pero lo hará sobre la arena (soporte efímero, si los hay) y nadie sabrá lo que escribió, pues inmediatamente se impone la enseñanza de la *phoné*: el que esté libre de pecados que tire la primera piedra. Si el judío recibe la enseñanza de Dios por la lectura del libro sagrado, el cristianismo creará, en la iglesia, la mediadora entre la escritura y el hombre de fe, para de esta manera asegurar su salvación. Quizás aquí se encuentre uno de los desdibujados orígenes de la censura y la quema de libros de la Edad Media.

EL HEBRAÍSMO Y LA LETRA.

El hebraísmo, por el contrario, se mantendrá fiel a la letra, a su densidad, a su promesa de plenitud de sentido, a su condición de enigma y epifanía. Si la literatura, como ha señalado Weber⁴ (1977:68), adquiere con la modernidad carácter fundacional y autonómico, una de sus primeras manifestaciones será, con el Quijote (el tocado por la locura por leer demasiados libros), la parodia de aquel temor a la letra; y gran parte de la literatura moderna se constituirá en la confluencia (paródica, estética...) del helenismo y el hebraísmo: el acarreo de la densidad de la letra, según lo ha enseñado por siglos la persistencia hebraica⁵, y el desplazamiento a un

¹ McLuhan (1962)

² Derrida, (1975:93)

³ Prieto (1993:10)

⁴ Weber, (1997:68)

⁵ Bloom, (1985)

horizonte de juego, el estético, propiciado por la conciencia reflexiva de la *ratio*, tal como nos ha sido heredada de los griegos⁶.

Sin duda que la obra de Borges se constituye a plenitud en el acarreo, en el desplazamiento, en la confluencia del helenismo y el hebraísmo. Esa confluencia es posible de observar, por ejemplo, en Joseph Cartaphilus, encarnación a la vez de Homero y el judío errante, en “El inmortal” (1975), y se encuentra en el constante desplazamiento y reescritura de lo helénico y lo hebraico a lo largo de esta escritura: Homero será referido como el escritor ciego, identificado con el propio Borges, a quien la ceguera lo desplaza de lector a “guardián de libros” (“Nadie rebaje a lágrima o reproche/ esta declaración de la maestría/ de Dios, que con magnífica ironía/ me dio a la vez los libros y la noche”). La tradición griega presocrática es “desplazada”, “reescrita”, transformada: si Homero es Borges, la metáfora del río de Heráclito se profundizará para que Borges-Heráclito sea a la vez el río (“El río me arrebató y soy el río”); y la aporía de Zenón de Elea se desplazará para ser a la vez la lógica del absurdo en Kafka (“La forma de este ilustre problema –la paradoja de Zenón contra el movimiento– es, exactamente la de *El castillo*, y el móvil y la flecha y Aquiles son los primeros personajes kafkianos de la literatura”), y el sustrato mismo de toda la obra de Borges, donde la paradoja brotará para, como en los presocráticos, poner en evidencia la insustancialidad misma de lo real. El Minotauro, el de la espera en su laberinto, trocará verdugo en salvador (“Sé que vive mi redentor y al fin se levantará sobre el polvo...”), y el laberinto mismo, como los cuadros de Escher, se constituirán en la representación recurrente del infinito. La insistencia y diversidad de laberintos en la obra borgiana (laberintos de piedra o de arena, construidos por el sueño o la argucia, metáforas de alguna trascendencia o inesperadamente falsos...) se constituyen en una profunda reflexión sobre el límite, sobre el orden, y sobre la paradoja del infinito, a la vez pensable e impensable. Laberinto que incuba, junto al Minotauro, lo que será otra de las intuiciones griegas, el enigma del universo, que propicia la interpretación pitagórica en relación a la música y el número, y que creará la desconfianza en los dioses, por ejemplo en Protágoras, para quien se prefigura el gran enigma pues es imposible saber si los dioses existen o no existen, pues, “son muchas las cosas que impiden saberlo, la oscuridad del asunto, la brevedad de la vida humana...”, o para Janófanos, para quien la visión de los dioses responde a los límites de nuestra percepción, así, “los etíopes dicen que los dioses son chatos y negros, y los tracios que tienen los ojos azules y el pelo rubio”, y para quien si los caballos pudiesen pensar sus dioses los pensarían en forma

⁶ Frisby, (1992:55)

Víctor Bravo

de caballos: primeros rasgos de un panteísmo que luego Borges reconocerá en Leibniz, y que recorrerá marcando con su inflexión toda su obra.

Y así como ve en Leibniz una visión panteísta que tiene su origen remoto en los presocráticos, Borges también verá en Nietzsche al desenterrador de una idea griega por excelencia, y que será también tesitura de la obra borgiana: la repetición y el eterno retorno, como única posibilidad de vencer el sometimiento a la ceguera de la utopía y recuperar el “presente”. La “repetición”, se convertirá, de diversa manera, en Freud⁷ y Nietzsche⁸, en hallazgos centrales de la reflexión. En Borges se convertirá en centro de una estética, en respuesta, quizás la más humana, a la condición abismal de la insustancialidad de lo real.

Junto a la vertiente helenista, en la obra de Borges el hebraísmo y el judaísmo tendrán una importancia capital. Muchos de sus cuentos tendrán temas judíos (“Tema del traidor y el héroe”, “El milagro secreto”, “Emma Zunz”, “El indigno”, “Guayaquil”), algunos partirán del imaginario de creación del Golem, al que dedica además un famoso poema; defenderá la causa judía al punto de ver en el totalitarismo, el nazismo y el antisemitismo, monstruosidades; llegará a identificar, en textos como “La fiesta del monstruo” (1947), el peronismo con el nazismo, texto que relata el ataque de una banda peronista contra un joven intelectual judío; y verá en el judío, como ya había teorizado Veblen, puntualmente leído por Borges, un sujeto periférico que asume el “cosmopolitismo” de manera transformadora, al punto de incidir e incluso transformar el centro. En una concepción de lo periférico, del borde, o de “las orillas”, como fuerza transformadora del centro, Borges identifica al judío con el argentino, en intuiciones que hoy se constituyen en claros antecedentes de las teorías postcoloniales y de los estudios culturales.

LOGOS Y GRAPHÍA

La situación periférica, de borde, de la escritura borgiana hace que la distancia, centro y periferia, original y copia, logos y escritura se desplazan de la trascendencia al juego, de lo veritativo a lo falaz, de la verdad a los laberintos constructivos de la mentira. La puesta en crisis de lo originario (que, para Derrida, es la puesta en crisis de la metafísica) se plantea en la textualidad borgiana en el juego de la referencia apócrifa. La obra de Borges, poemas, relatos, ensayos, parten de una carga referencial, fundamentalmente libresca que, sin embargo, es apócrifa (aunque, como bien lo señala el mismo Borges, no siempre lo es). Esta profusa referencia a autores y textos que se desplazan con facilidad de lo veritativo a lo no veritativo

⁷ Freud, (1975)

⁸ Nietzsche, (1875)

(y lo contrario), esa fabulación del archivo que caracteriza esta obra, engendra un diálogo de textos, cercano sin duda al dialogismo bajtiniano que Julia Kristeva ha denominado intertextualidad; engendra un incesante proceso de reescritura, un entrecruzamiento permanente de lo verdadero y lo falaz.

La dualidad borgiana es también la del logos y la escritura, teniendo como trasfondo cultural la lucha y el deslinde cultural del helenismo y el hebraísmo.

Si atendemos a las tesis de Derrida, observaremos en la tradición occidental helénica la preponderancia del logos y el desplazamiento de la escritura a su condición de suplemento. El logos correspondería a la figura del orden, del padre; y la escritura a la diseminación, a la libertad, al juego. El “logocentrismo” colocaría lo originario y el centro en el logos, y la secundariedad en la escritura. Una vertiente de la obra de Borges ha respondido críticamente a esta tradición; de allí el imaginario del laberinto y sus vinculaciones con el de Creta; de allí las paradojas de Zenón, el eterno retorno, tal como había sido planteado por Pitágoras; de allí la referencia a Homero, como el poeta ciego, y la recurrencia de la imagen del río de Heráclito, como una de las intuiciones fundamentales sobre el tiempo, en la historia de las culturas.

La obra de Borges, lo decíamos, participa sin embargo con igual fuerza de la tradición hebraica, tradición donde la escritura tiene un origen sagrado y cada palabra y cada letra alcanza una resignificación determinada. La obra de Borges no obstante, no es una continuación de la sacralidad hebrea de la escritura; es en rigor un desplazamiento de esa sacralidad al juego estético; juego donde se convocan, con recurrencia, ironías, humorismos, simulacros, etc. Desde esta perspectiva la obra borgiana se convierte en antecedente de la filosofía derridiana que ve en la escritura, antes que en el logos, el lugar central de la significación. En este sentido dirá Harold Bloom que Borges ha sido “precursor hebraísta”, en el impacto que estas tradiciones tendrán sobre propuestas lingüísticas y textuales que nos son contemporáneas⁹. E. Aizenberg ha señalado en tal sentido:

‘...Borges, gurú del postmodernismo, anticipó e inspiró una de las principales corrientes de la crítica actual, una corriente hebraísta que pretende encontrar un paradigma para sus labores en la hermenéutica judía, en los tradicionales modos de glosar la torá. En manos de Derrida, Hartman y Bloom, lo que Borges inició en los

⁹ Bloom, (1975:85)

Víctor Bravo

años treinta y cuarenta en la lejana Argentina, ha llegado a ser **le dernier cri** del discurso teórico literario metropolitano¹⁰.

EL JUEGO: HEBRAÍSMO DE LA ESCRITURA.

Esa “corriente hebraísta” refutó la topología centro-periferia al refutar todo centro, todo valor originario, y al reivindicar el discurso de resistencia de la periferia. Para Steiner ese desplazamiento, ese “triumfo de lo secundario”, revela un indetenible proceso de “relativización de lo absoluto”¹¹. Y ese triunfo de lo secundario lo es del suplemento de la escritura ante la imposición del logos: frente a la certeza del logos, la indeterminación de la escritura. Derrida señala cómo el *Fedro*(277c) condenaba la escritura como juego –*paidía*- y oponía este infantilismo a la gravedad seria y adulta (*Spoudé*) del habla. Derrida señala: “El advenimiento de la escritura es el advenimiento del juego”¹², en oposición al logos, origen de la verdad metafísica. ¿Qué significa esta resignificación de la escritura?; según Raymond Roussel significa la duplicación de mundos, pero no un más allá de sí, en los referentes, sino en el lenguaje mismo. La conquista de la escritura lo será del mundo como dualidad:

‘El vacío que se abre en el interior de una palabra no será simplemente una propiedad de los signos verbales, sino una ambigüedad más profunda, tal vez más peligrosa: mostraría que la palabra , como un rostro de cartón multicolor, esconde lo que duplica, y lo aísla por un tenue espesor de la noche. La reduplicación de las palabras sería como la reduplicación de la máscara por encima del rostro: se abriría sobre el mismo eclipse del ser’¹³

Ese eclipse del ser lo es también de la realidad, en el juego de pliegues del lenguaje.

El acercamiento de Borges al hebraísmo y, de manera particular, a la cábala, se produce en el desplazamiento de lo trascendente a lo estético: el juego de significaciones de las palabras y las letras no tenía como último momento una revelación divina sino, por un lado, la resignificación del enigma y, por otro, un juego de desplazamientos entre lo verdadero y lo falaz. Respecto al primer punto es posible pensar en el panteísmo borgiano,

¹⁰ Aizenberg, (1997:141)

¹¹ Steiner, (1989:62)

¹² Derrida, (1975:12)

¹³ Deleuze, (1989:30)

de raíz spinozista, que identifica la divinidad con la figuración geométrica del universo; y podrían referirse relatos como “La escritura de Dios”, donde el desciframiento de la palabra divina deriva en una resignificación del enigma; o poemas como “El Golem”, donde la palabra Dios y la palabra muerte (Meth y Met) engendran a la vez la vida y la monstruosidad; por otro lado, en textos como “El evangelio según San Marcos” la escritura deriva en ciega ejecución de un destino; o en “La muerte y la brújula”, donde la hermenéutica de la letra se convierte en una representación falaz de la lógica cabalística.

Borges descubre en el “hebraísmo de la escritura” un espacio insospechado de juego estético donde, por ejemplo, el universo todo puede ser concebido como escritura y, desplazando la significación de la escritura fundante en “las culturas del libro”, discute la conveniencia o no del *Facundo* o *Martín Fierro* como escrituras fundadoras de la nacionalidad: “Nosotros hubiésemos podido elegir el *Facundo* de Sarmiento, que es nuestro libro, pero no; nosotros, con nuestra historia militar, nuestra historia de espada, hemos elegido como libro la crónica de un desertor, hemos elegido el *Martín Fierro*, que si bien merece ser elegido como libro, ¿cómo pensar que nuestra historia está representada por un desertor de la conquista del desierto?”. A la figura de Facundo Quiroga dedicaría su famoso poema “El general Quiroga va en coche al muere”, de **Luna de enfrente**; y respecto al Martín Fierro desecha la “Vuelta” que es la historia edificante de un gaucho que quiere dejar de serlo y ser un buen ciudadano, y reescribe en textos fundamentales escenas de la primera parte para resignificar su misterio, o el coraje, como uno de los valores fundamentales representados en el texto. Borges tiene clara conciencia de que su obra se sitúa en la escisión entre dos corrientes de la cultura que la modernidad -o, podríamos decir más exactamente: que la postmodernidad- ha reunido: la primera, que desde siempre desdeñó la escritura: Pitágoras, Platón, Alejandro, e incluso, Jesús; la segunda, que deriva de un libro escrito en el cielo, antes de la invención no sólo de la escritura sino de las lenguas (“A la noción de un Dios que habla con los hombres para ordenarles algo o prohibirles algo, se superpone la del Libro Absoluto, La de una Escritura Sagrada. Para los musulmanes el Alcorán no es una mera obra de Dios, como las almas de los hombres o el universo; es uno de los atributos de Dios como Su eternidad o Su ira. En el capítulo XIII, leemos que el texto original La Madre del Libro, está depositado en el cielo”). En la confluencia de estas dos culturas, la obra de Borges celebra el logos, deconstruyéndolo, y explora posibilidades de la escritura, la del juego estético, la del espejismo de la verdad, la del pliegue, la del ritmo de repeticiones, la de la distancia creadora y la crítica.

Víctor Bravo

BIBLIOGRAFÍA

- Ayzenberg, Edna, (1997) *Borges, el tejedor del Aleph y otros ensayos*. Madrid.
- Bloom, H.,(1988¹) *Poesía y creencia*. Madrid.
- , (1972)*La angustia de las influencias*. Caracas.
- Deleuze, G., (1989) *El pliegue*. Barcelona.
- Derrida, J., (1975) “La farmacia de Platón”, en *La diseminación*, Madrid.
- Freud, S., (1989) “Más allá del principio del placer” en *Obras completas*, XVII, Buenos Aires.
- Frisby, David, (1992) *Fragmentos de la modernidad*. Madrid.
- McLuhan, Marshall, (1998) *La galaxia Gutenberg*. “Génesis del homo typographicus”. Barcelona.
- Nietzsche, F., (1975) *Así habló Zarathustra* . Madrid.
- Prieto Pérez, José, (1993) “Oralidad y escritura en la Grecia arcaica”, en: *Revista A parte Rey*. Madrid
- Steiner, G., (1991) *Presencias reales*. Barcelona..
- Veblen, T., (1970) *Teoría de la clase ociosa* . México.
- Weber, M., (1997) *Psicología de la religión*. México.

